A LA SOMBRA DE LOS SAUCES

Esteban De La Fuente



Esteban De La Fuente

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2021
© Esteban De La Fuente, 2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-47-8
IBIC: FF

avant
editorial

Agradecimientos

Durante el año que duré trabajando en esta novela muchas cosas pasaban en mi vida, todo tipo de circunstancias y sucesos que de alguna forma fueron moldeando el rumbo de la historia. A la Sombra de los Sauces es una novela muy importante para mí porque podría decir que creció junto conmigo, aprendió y maduró a la vez que yo lo hacía.

Quiero dedicar este logro a todas y cada una de esas personas que estuvieron detrás de la elaboración de este sueño. A quienes la leyeron cuando aún eran unas cuantas páginas y me animaron a seguir, Ulises Valbuena, Yuri vega, Isabel palma, faby vega, Sandra Padilla, Blanca N Del, Blanch Nell Mac, a Jesus V Cotino por las ideas y amistad, a mi familia, mi mamá y hermanas, y en especial a mi esposo Angel Martínez por estar siempre ahí para apoyarme, coco y aguacate por ser nuestra compañía fiel.

Un pedacito de cada uno de ellos vive en cada personaje de esta historia porque todos son parte de mi historia.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Doña Amparo

La nana Jacinta era aún muy joven cuando doña Amparo vino a este mundo, lo suficiente como para poder correr desde la casona hasta el viñedo, donde don Gilberto Montebello estaba con su capataz, Gonzalo, revisando la primera cosecha de uvas. Esa tarde el sol estaba cayendo, pero aún así calentaba como un horno ardiendo, listo para hacer pan de trigo o empanadas rellenas de queso. Afortunadamente, los dos hombres se encontraban a la sombra de un sauce, uno de tantos que adornaban el viñedo Montebello. Jacinta había aprendido a contar con sus propios pasos, pero en aquella ocasión dio tantos, que perdió la cuenta.

—¡Patrón!, ¡patrón! —gritó Jacinta repetidas veces desde el otro lado del terreno mientras agitaba su mano para que la vieran.

Los dos hombres observaron claramente el brillo del sudor en la frente de Jacinta. Era imposible para ella no sudar con una piel tan oscura como el chocolate.

—Es Jacinta —mencionó Gonzalo al tiempo que achicaba sus ojos para distinguir mejor.

—¿Crees que ya? —preguntó don Gilberto.

Gonzalo levantó sus hombros al no tener respuesta. Los dos hombres se montaron en los caballos y, en cuanto recogieron a Jacinta,

regresaron a la casona. Don Gilberto se refería a que su esposa estaba a punto de dar a luz. En la casona ya estaban la partera Engracia, el padre Robles y la mamá de la nana Jacinta, Juliana, quien era la única dentro de la habitación con doña Catalina, la esposa de don Gilberto. Juliana y Jacinta eran dos afroamericanas que fueron compradas por el padre de doña Catalina en un viaje que este hizo al norte, con la única condición de ayudar en la casa con los quehaceres y la cocina, de ahí el aprecio y la lealtad que le tenían a la familia de doña Catalina. Aunque nunca dijeron sus nombres de esclavas, la familia las había apodado con el nombre de Juliana y Jacinta, en honor a dos vacas que el padre de doña Catalina le regaló en un cumpleaños. Don Gilberto no entendió por qué la partera se encontraba afuera si su esposa ya había entrado en trabajo de parto.

Los gritos de doña Catalina podían escucharse más allá de las paredes. Los cristales vibraban de tal manera que se rompían en mil pedazos, como lo hacían las copas que los cantantes de ópera con su tono de voz.

—¡Ahí va otro! —exclamó el padre Robles al escuchar un cristal romperse.

Pero, según las mismas palabras del padre Robles, doña Catalina no pariría a la criatura hasta que don Gilberto estuviera ahí con ella. Apresurado, el marido entró a la habitación; detrás de él, la partera. Doña Catalina estaba en la cama a punto de parir ayudada únicamente por Juliana. La pequeña Lorenza, la hija mayor de los Montebello, de apenas dos años, estaba sentada en una esquina jugando con una muñeca.

—Catalina, ¿cómo estás? —preguntó angustiado don Gilberto, tomando su mano. Entre sollozos de dolor y pujidos, doña Catalina le miró—. ¿Creíste que no estaría presente en el nacimiento de tu hija? —preguntó con voz exhausta por la falta de aire.

Antes de que pudiera responder, la partera dio la noticia:

—¡Ya ha nacido! Es una hermosa niña.

Doña Amparo nació llorando, como la mayoría de los niños, pero su llanto cesó muy pronto, cuando apenas vio los ojos de su padre. La partera tomó a la bebé y, como doña Catalina estaba aún muy débil, prefirió ponerla en brazos de don Gilberto. Hubo una conexión inmediata entre padre e hija. Incluso Juliana lo notó.

—¡Se parece mucho a usted, patrón! —dijo Juliana sin que doña Catalina la escuchara.

—¿Lo crees? —respondió.

Hay quienes dicen que los niños no se parecen a nadie cuando nacen, pero doña Amparo sí que se parecía a don Gilberto. Tenía el pelo negro y la piel blanca como él, además de sus mismos ojos azules. Parecía una muñeca viviente, incluso hubo quien se atrevió a comentar que era hija del mismísimo diablo debido a los rumores de brujería que perseguían a doña Catalina. Muchos en la alta California comentaban que doña Catalina le había hecho brujería a don Gilberto, ayudada por Juliana, para conquistarlo, pues doña Catalina lo tenía todo menos belleza; sin embargo, era una fortuna para doña Amparo haber heredado la elegancia y buen ver de su padre. Así se formó la familia Montebello.

La llegada de doña Amparo cerró el ciclo de dos hijas para ellos, pero nada sería fácil, pues eran tiempos difíciles. México y Estados Unidos se disputaban en aquel entonces el territorio de la alta California y había constantes enfrentamientos. La tensión política entre los dos países estaba al máximo. En los años siguientes habría cambios que afectarían la geografía de las dos naciones, pero, sobre todo, a los ciudadanos de ambos.

Para los Montebello, el nacimiento de doña Amparo significaba que cosas buenas estaban por venir, así lo comentó el padre Robles al decir que los niños siempre traen una torta bajo el brazo.

—Bueno, hijo, ¿cómo van a llamarla? —preguntó el padre.

—Se llamará Marcela, como mi difunta abuela —contestó don Gilberto.

—¡Claro que no! —refutó doña Catalina con las pocas fuerzas que le quedaban—. Va a llamarse Amparo, como mi madre.

Como siempre, don Gilberto accedió a lo que su mujer exigía. Era muy raro ver este tipo de comportamientos en los hombres de aquel entonces; sin embargo, sí los había.

Fue como la pequeña recibió el nombre de Amparo Montebello. Y así comenzó su vida; rodeada de amor, más por parte de su padre que de su madre. Doña Catalina siempre fue una mujer muy fría, muy pocas veces les mostraba afecto con sus hijas. Era la nana Jacinta la que se encargaba de llenarlas de amor a escondidas de la señora, quien se encerró en su cuarto poco después de dar a luz. Constantemente se quejaba porque su cara se veía demacrada y había ganado algunas libras de más. A diario, los trabajadores del viñedo tenían que llevar a la casona una serie de frutas y hierbas frescas encargadas por Juliana, con eso le preparaba una mascarilla a doña Catalina para borrar las manchas que le habían salido en el rostro durante y después del embarazo. Tuvieron que pasar algunas semanas para que doña Catalina saliera de su cuarto. Ya había perdido peso y su cara se notaba un poco mejor teniendo en cuenta que nunca estuvo bien. Fue entonces cuando don Gilberto celebró el nacimiento de doña Amparo con una gran fiesta. Ayudado por la nana Jacinta, organizaron todo el festejo al que asistieron hacendados de los alrededores y personas de la política. Después de todo, el viñedo de los Montebello era el más conocido de la alta California y se decía que no había nadie en los dos lados de la frontera que no hubiese bebido nunca una copa de vino de sus cosechas. En la reunión se encontraba un alto funcionario del gobierno mexicano que se sentó en la mesa de don Gilberto. Su nombre era Alejandro Toribio.

—No he visto a doña Catalina, su señora esposa —dijo mirando hacia todos lados.

—Enseguida estará con nosotros, don Alejandro —respondió don Gilberto.

Pocos minutos después, doña Catalina apareció en las escaleras; estaba elegante, enfundada en un vestido ampón largo de olanes verde, pero con cara de enfado. Don Gilberto se preguntaba cómo era que una mujer que acababa de convertirse en madre se amargaba de tal manera. Lo que él no sabía era que doña Catalina mantenía desde hace algún tiempo una relación clandestina con su capataz, Gonzalo, quien era quince años menor que ella. No contaba más que con elegancia para conquistar desde hombres apuestos y poderosos hasta jóvenes ingenuos. Gonzalo no estaba de mal ver, así se lo comentaba con frecuencia a Juliana, y aunque esta se diera cuenta de que algo pasaba entre la señora de la casa y el capataz, jamás habría sido capaz de decir una sola palabra; a ese grado llegaba la lealtad hacia su patrona.

En la mesa, no solo estaban don Gilberto y don Alejandro, sino también se encontraba la esposa de este y algunas otras amistades. Doña Catalina se acercó directamente al lado de su esposo, don Gilberto. De inmediato, don Alejandro, con educación, lanzó un halago:

—Luce usted muy bien, doña Catalina, para ser una mujer que recién dio a luz.

El comentario fue elogiado por los ahí presentes. Don Gilberto no dudó en tomar la mano de su esposa. Una sonrisa fingida se dibujó en sus mejillas y enseguida respondió:

—Es muy amable por su parte, don Alejandro, pero este embarazo no me ha dejado más que manchas y ascos.

La mesa enmudeció por completo ante la respuesta seca de doña Catalina. Para cualquier mujer, el momento más mágico de su vida era el convertirse en madre, pero para doña Catalina no, para ella era más importante verse bien para Gonzalo. Su mala cara se debía a que no había podido estar con su amor, incluso parecía tenerle coraje a la niña Amparo, pues era la causante de que Gonzalo no la buscara.

—Pero cuéntenos, don Alejandro, ¿cómo va el asunto con los Estados Unidos? Todos los ciudadanos estamos muy preocupados. Hemos escuchado que hay cuadrillas de guerra por los alrededores. Yo

incluso he tenido que redoblar la seguridad de la casona por seguridad hacia mis mujeres —dijo don Gilberto tratando de desviar un poco el momento tan amargo que doña Catalina le había hecho pasar.

—Todo va muy bien. De hecho, la semana que entra tengo una cita con el presidente Polk para hablar sobre algunos asuntos que el señor presidente Santana tiene pendientes con él —respondió don Alejandro.

Lo que los residentes de la alta California no sabían era que de esa reunión dependería su futuro, ya que ahí se hablaría sobre el plan para vender la mayoría de los estados del norte del país a Estados Unidos, incluyendo a la alta California.

Cuando la conversación estaba en su punto más alto, don Gilberto aprovechó para murmurar al oído de doña Catalina:

—¿No crees que es hora de que busques a tu hija? —preguntó con discreción.

Doña Catalina le miró como si quisiera matarlo con los ojos; odiaba que don Gilberto le dijera lo que tenía que hacer, pero no era tonta y sabía que delante de la gente no podía montarle escándalos a su marido. Esto le desprestigiaría y podría terminar por dañar el negocio del vino. El prestigio de un hombre influenciaba mucho en su forma de hacer negocios. Se limitó a fingir una sonrisa, como solo ella sabía, para después levantarse y dirigirse a buscar a Jacinta, que seguramente era quien tenía a la niña Amparo. Pero no fue así. En lugar de eso, doña Catalina salió de la casa y se dirigió hacia las caballerizas, donde seguramente encontraría a su amor, Gonzalo.

Más allá del frente de la casa, estaba oscuro y no se veía mucho con la luz de la luna. La noche era fría, como cualquier otra en California, pero no importaba, doña Catalina necesitaba ver a su hombre. Escuchó algunos ruidos que venían de atrás de las caballerizas. Tuvo miedo, pero podía más su ansiedad de ser poseída por el único hombre que la hacía vibrar y sentirse viva, que cualquier otra cosa. Poco a poco, se acercó hasta la parte trasera. Allí, bajo la luz de la luna y sobre una carreta llena de paja, estaba Gonzalo con una de las criadas de la casa.

—¡Gonzalo! —gritó con ardor doña Catalina.

—Vístete antes de que te vea —le dijo Gonzalo a la joven.

Antes de que doña Catalina se acercara a la carreta, Gonzalo logró alejar a la joven entre las caballerizas. Estaba tan oscuro que la mujer no alcanzó a ver con exactitud quién era. Lo último que vio de aquella muchacha fue su cuerpo desnudo al pasar por una lámpara del cobertizo, para después desaparecer en la oscuridad.

Su siguiente reacción fue ir contra Gonzalo a golpes en el pecho por la traición.

—¿Cómo has podido hacerme esto, desgraciado infeliz? —le reclamó con rabia.

Hasta ese momento, Gonzalo permanecía callado y solo se limitaba a esquivar los golpes de doña Catalina. El llanto desconsolado de una mujer herida puede ser tan aterrador como el de una hiena lastimada. Después de algunos segundos sin moverse ni decir palabra alguna, Gonzalo reaccionó:

—¡Ya basta! —dijo con fuerza—. ¿No te das cuenta de que lo nuestro no tiene futuro?

—Pero tú dijiste que me amabas y que seríamos felices —respondió doña Catalina en su defensa.

—Y tú dijiste que te irías conmigo y que dejarías a don Gilberto; y ahora mira, hasta le has dado dos hijas, y yo ya me he cansado de esto. —Se giró, dio la vuelta dándole la espalda a doña Catalina y agregó—: Desde hace algún tiempo tomé la decisión de irme al sur. Los rumores de que los americanos se van a quedar con estas tierras y que nos van a hacer esclavos, al igual que a los negros, son cada vez más fuertes.

—¿Y por eso te revuelcas con esa?

—Tú también te revuelcas con don Gilberto y yo nunca te he reclamado nada.

Doña Catalina se quedó callada ante la respuesta de Gonzalo. Su llanto cesó como si hubiera entendido muchas cosas.

—Solo dame un poco más de tiempo. No podemos irnos con las manos vacías hasta que no encuentre en dónde guardar el dinero, así podremos irnos lejos, muy lejos, solos tú y yo.

—¿Cuándo vas a entender que yo no quiero dinero?, ¡yo te quiero a ti!, pero tú jamás te irías con un indio muerto de hambre. No sé en qué estaba pensando cuando me enredé contigo. Creo que lo mejor sería que don Gilberto se enterara de todo y nos ahorcaran a los dos —contestó Gonzalo.

Ante la amenaza, doña Catalina de nuevo arremetió en contra de Gonzalo; pero esta vez, el movimiento de él para evitar los golpes hizo que esta cayera al suelo. Desde ahí se aferró a los pies del capataz, llorando e implorando para que no la dejara. Juliana se encontraba en la cocina y le fue posible escuchar los llantos; para los invitados que estaban dentro del salón, incluido don Gilberto, era imposible escuchar algo, ya que la música tocaba sin parar. Juliana salió de prisa y encontró a su patrona tirada en el piso humillándose, despeinada como una loca con su vestido lleno de hojas secas, reducida a una mujer mayor con necesidad de ser amada. Quién lo iba a decir, la gran Catalina de Montebello arrastrándose por un capataz.

—¡Doña Catalina, ya basta! —suplicó Juliana.

Como pudo, la levantó y la alejó de allí. Pero las cosas no quedaron ahí. Mientras Juliana la llevaba dentro de la casa, doña Catalina lanzó amenazas a Gonzalo:

—¡Me las vas a pagar, maldito capataz!, ¡voy a hacer que te arrepientas y vuelvas rogando, suplicando por mi perdón! —exclamó con rabia.

Habían herido a un animal por naturaleza. La bestia corrió a esconderse para lamerse sus heridas y poder regresar con más fuerza. Esa noche, dicen que doña Catalina lloró un mar de lágrimas tan profundo que casi podía ahogarse en él.

Cuando la fiesta terminó, don Gilberto se aseguró de que Jacinta durmiera a la niña Amparo. Después regresó a su cuarto donde, muy

molesto, le reclamó a doña Catalina su falta de atención a la pequeña. Le dijo que ya no toleraría más esos arrebatos de madre desnaturalizada que no se hacía cargo de sus hijas, o las cosas iban a acabar muy mal. En su defensa, doña Catalina aseguró sufrir un terrible dolor de cabeza y atribuyó a eso su cara demacrada, ocultando así las lágrimas que había derramado por Gonzalo. La versión de doña Catalina fue reforzada por el té de hierbas que Juliana le llevó. Como siempre, le salvaba el pellejo de su patrona.

A la mañana siguiente, doña Catalina se levantó muy temprano. Se vistió y se arregló. Don Gilberto ya había salido rumbo a los vineros. Juliana entró a arreglar la habitación. No le extrañó ver a la señora tan arreglada. Fue a recoger un monto de ropa sucia que estaba al otro lado de la habitación. Al pasar junto a la patrona, se dio cuenta de que esta se había perfumado.

—¿Ya vas a buscarlo? —le preguntó.

—¿A qué te refieres? —contestó doña Catalina, sorprendida.

—¿A quién más va a ser?, ¡a Gonzalo! —respondió al tiempo que se agachaba para juntar la ropa.

No había nadie en la hacienda Montebello que se atreviera a hablar de tal cosa y en ese tono a doña Catalina, pero Juliana sabía muchos secretos de la patrona y podía darse esos lujos y más.

—¡Te prohíbo que repitas su nombre en esta casa! —ordenó doña Catalina.

—Y si no es así, ¿a dónde vas tan arreglada?

—Eso es algo que no te importa, ¡negra insolente! —contestó furiosa doña Catalina.

Era la primera vez que le hablaba así a Juliana, que, a pesar de ser una criada, se había portado con ella como una verdadera madre. Había sido su cómplice en todo lo que doña Catalina había hecho. De inmediato, Juliana terminó de juntar la ropa y se dispuso a marcharse sin decir una sola palabra.

—Espera, Juliana, no he querido decir eso; es solo que estoy muy estresada por todo lo que ha pasado —se disculpó.

—No se preocupe, señora, usted tiene razón. Solo soy una simple criada. —Se dio la vuelta para retirarse, pero en la puerta se detuvo y se giró de nuevo—. Y no se moleste en buscar a Gonzalo, se marchó anoche con toda su familia. A estas horas ya debe de estar muy lejos —añadió para después al fin marcharse.

El corazón de doña Catalina se desmoronó en mil pedazos, tal como lo hace un polvorón cuando recibe la primera mordida, como un plato de porcelana fina se desmorona al caer al piso por accidente, cayó arrodillada junto a la cama y lloró de nuevo, pero esta vez fue con más dolor. Sabía que había perdido a su amor para siempre. Deshecha y como pudo, se puso de pie y corrió hasta las casas de los trabajadores solo para comprobar con sus propios ojos que lo que Juliana había dicho era verdad. La puerta de la casa donde Gonzalo y su familia vivían estaba medio abierta. Entró despacio para encontrar una habitación vacía. Solo estaban las cosas que pertenecían ahí, como la mesa y la cama, que aún se encontraban en su posición. Junto a la chimenea había una foto de Gonzalo, estaba amarilla y manchada; era como si el tiempo quisiera que doña Catalina lo recordara por el resto de su vida. Y así fue, desde ese día dejó de existir como mujer. Se secó como las rosas lo hacen en el invierno, como los ríos a los que no les llega agua durante años, como un pecho cuando ya no da leche, quedando sumergida en su mundo de soledad. Se encerró en su cuarto y no volvió a hablar con nadie más. El rechazo fue tal que don Gilberto se cambió de cama. Algunos meses después tuvo que hacerlo de habitación, muchas veces.

En ocasiones, don Gilberto se cuestionaba a sí mismo y confrontó varias veces a la misma doña Catalina para saber a qué se debía su cambio de humor. La desesperación fue tal que un médico vino desde la capital para revisar a la mujer que se había marchitado. Según el médico eran los típicos síntomas del llamado posparto, una depresión que afecta a las mujeres después del embarazo. Para la fortuna de doña

Catalina, el haber dado a luz unos meses antes le dio la excusa perfecta a su mal. Don Gilberto nunca se enteró de su romance con Gonzalo. Se volvió rígida como un árbol. Jamás preguntaba por las niñas. La única que de vez en cuando entraba a su cuarto era Juliana, que se pasaba largas horas ahí con ella, pero nadie sabía de qué hablaban, si es que lo hacían. Algunas veces, cuando don Gilberto sacaba a las niñas al jardín para jugar con ellas, Lorenza le preguntaba dónde estaba mamá. La mayoría del tiempo no sabía qué contestar. Por momentos miraba hacia la ventana de su cuarto y ahí estaba doña Catalina observándolos, pero tan pronto se percataba de que don Gilberto la miraba esta cerraba la cortina de la ventana y volvía a encerrarse en su mundo.

Por esos días, un cambio político muy grande ocurrió: la guerra de México con Estados Unidos había terminado con el tratado Guadalupe Hidalgo. Después de largas batallas y de conversaciones, el presidente Santana accedió a vender parte de los territorios del norte, incluyendo la alta California, pero el proceso no fue fácil. Durante algún tiempo los habitantes pasaron a ser extranjeros en sus propias tierras. Según el tratado de la venta, los derechos de los ciudadanos mexicanos y sus tierras estaban protegidos ahora como ciudadanos mexicanos. Pero esos derechos no fueron respetados tan fácilmente, tuvo que pasar algún tiempo para que sucediera de la manera que estaba estipulado. Así transcurrieron los años para la familia Montebello.

El amor que don Gilberto sentía por doña Catalina era tal, que jamás se atrevió a dejarla para buscar una esposa de verdad que cumpliera con sus obligaciones. Se aguantó todos los malos genios de su aún esposa y, poco a poco, tuvo que alejarse del mundo exterior. No asistía a fiestas ni reuniones para no ser cuestionado acerca de la falta de presencia de su esposa. Fungiendo como padre y a veces como madre, don Gilberto, ayudado por Jacinta, logró educar y criar a sus dos hijas hasta que se convirtieron en dos hermosas jovencitas; listas para contraer matrimonio. Amparo tenía dieciocho años y Lorenza, veinte. Don Gilberto siempre decía que sus hijas se casarían con los hombres

más apuestos de la alta California. Tal vez era así para Amparo, a quien los años le habían convertido en una mujer hermosa, aunque lo que le sobraba en belleza le faltaba en humildad; caso contrario el de Lorenza, que lo que le sobraba en humildad le faltaba de belleza, pues había heredado los rasgos de su madre: una nariz grande y una ceja abultada, lo que no la hacían una jovencita agraciada. Pero eso no importaba para don Gilberto que, si bien Amparo era su consentida por ser la más pequeña, él quería mucho a Lorenza.

Un día, por casualidad, al salir del banco, que era al único lugar que de vez en cuando iba don Gilberto, se encontró con un viejo amigo, don Raúl Valdivia, un ganadero de muy buena posición económica que tenía dos hijos: Andrés, de veintitrés años, y Rogelio, de veinte. Ambos muy apuestos y educados.

—¡Don Gilberto, qué gusto verle por aquí! Hace tiempo que no le vemos en las reuniones de empresarios, ¿está todo bien? —le preguntó don Raúl con inquietud.

Don Gilberto, que siempre evitaba esos momentos incómodos de encontrarse con conocidos y ser cuestionado por su familia, siempre procuraba ser lo más corto en sus saludos para poder marcharse.

—Un gusto saludarle, don Raúl, pero tengo que retirarme. Espero que coincidamos en algún otro momento.

Don Gilberto se dio la vuelta tan rápido que no se fijó en el joven que estaba parado detrás de él. Al chocar el uno con el otro, a don Gilberto se le cayeron algunos documentos que traía consigo, incluyendo unas fotografías de sus hijas.

—Disculpe, señor, no ha sido mi intención —se disculpó el joven muy apenado.

—Don Gilberto, le presento a Andrés, el menor de mis hijos —intervino don Raúl.

Cuando Andrés vio la foto de Amparo, ocurrió algo que le marcó. Fue amor a primera vista, pero ¿quién no se enamoraría de una joven tan hermosa como la joven Amparo?